

## **0802. María en nuestra Comunión**

Comienzo con una pregunta: *Cuando comulgamos, cuando recibimos a Jesús en el Sacramento, ¿aparece por alguna parte María? ¿Tiene que ver algo María con la Eucaristía?...* Al formular esta pregunta, no sé por qué, pero me parece escuchar a Jesús, que se mete inmediatamente en nuestra conversación y la interrumpe para decirnos:

- *¿Cómo? ¿Esa pregunta os hacéis? Cuando os digo: Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre, esto soy yo, ¿sabéis de dónde tomé este cuerpo mío y esta mi sangre? Yo no los tendría para darlos si una mujer, mi Madre, María, no se hubiera prestado libremente y generosamente a dármelos en la Encarnación. Lo que vosotros recibís en comida y en bebida yo se lo debo a mi Madre.*

No dudamos un instante de que es Jesús mismo quien por su Espíritu ha hablado a la Iglesia, y que la Iglesia ha expresado en himnos bellísimos esta verdad, como cuando canta a la Hostia consagrada:

- *¡Salve! Eres un cuerpo verdadero, nacido de la Virgen María.*

El Cuerpo de Cristo que recibimos en la Comunión no es un espíritu, no es un fantasma, no es algo irreal. Es el Cuerpo que, concebido por obra del Espíritu Santo, se formó en el seno de María, empezando por un embrión y acabando por aparecer niño arrebatador en Belén entre los brazos de su Madre virginal...

¡Qué comunión, la primera comunión de María! Nueve meses Jesús en sus entrañas de Madre, para formarse un Cuerpo que después iba a repartir millones y millones de veces a los que creemos en ese Jesús, presente en la Eucaristía. A nosotros, nos es imposible pensar en el Cuerpo real de Jesús que se nos da al comulgar y no ver a María que nos sonrío, mientras nos dice amorosa: *¡Tomad! ¡Y ved qué rico es el Pan que se formó en el horno de mi seno y al calor de mi corazón!...*

Contemplando a este Jesús que se nos da en la Comunión, sigue cantando la Iglesia:

*- ¡Oh dulce Jesús, oh Jesús bondadoso, oh Jesús Hijo de María!*

Aunque María es tan buena precisamente por la bondad infinita de su Hijo, parece como si la Iglesia invirtiese la idea, y dijera: *¿Cómo no va a ser bueno y dulce Jesús, si es Hijo de tal Madre?...*

María no se mostró pasiva, es decir, no fue un mero robot en la concepción, gestación y nacimiento de Jesús. No. Muy al contrario, María prestó a Dios muy conscientemente su colaboración de mujer, y así lo sigue cantando la Iglesia cuando mira la Hostia Santa: *-Se nos dio Jesús, nacido de María Virgen, como fruto generoso de su seno virginal.*

Tanto, que San Agustín, ese genial Doctor de la Iglesia, nos dirá casi atrevidamente: *-La carne de Cristo es la carne de María.*

Un joven cristiano, universitario brillante y amante apasionado de la Virgen, nos decía:

*- ¿Mi unión con María? Nunca la siento tan viva como cuando comulgo. Al recibir a Cristo, ¿qué otra cosa recibo sino el Cuerpo que conformó, con su propio cuerpo, la bendita Madre de Jesús? Cuando quiero unirme estrechamente con María, comulgo y tengo bastante.*

No iba descaminado en su pensar este joven envidiable. En realidad, traducía a lenguaje nuestro lo que cantaban himnos preciosos y profundos de la Iglesia hace ya muchos siglos: *-El verdadero maná del cielo llovió sobre la tierra cuando el Autor de todas las cosas descendió al seno de la Virgen.*

Por eso, otro cántico podía comentar jubiloso: *-Por ti, oh Virgen, volvemos a nacer; por ti bebemos el Agua de la Vida; por ti nos nutrimos con el Pan del Cielo.*

Al decirnos el Evangelio: *Y el Verbo —el Hijo de Dios— se hizo carne, se hizo hombre*, Juan pensaba en lo que había escrito antes Mateo, señalando a una Mujer dichosa: *¡María, de la cual nació Jesús!*

Estábamos muertos, y por ti, María, recibimos al Redentor, hecho hombre en tu seno bendito.

Muertos de sed, no sabíamos dónde beber, y Tú, María, nos das a Jesús, y con Jesús el Agua Viva.

Teníamos hambre, y Tú, María, nos das ese tu Jesús, que toma de ti su carne, y que nos dirá: *Los antepasados comieron el maná en el desierto y murieron. Pero el que coma del pan que yo daré, no morirá. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo* (J. 6,51). ¡La carne de Jesús! ¡La que le diste Tú, María!...

En los Hechos de los Apóstoles, Lucas nos hace ver a *María, la Madre de Jesús*, y nos dice después que, entorno a los Doce, *todos perseveraban unánimes en la fe, en el amor, en la Fracción del Pan y en la oración*. María se convierte así en el modelo de la Iglesia cuando recibimos a Jesús.

Recibir a Jesús, como lo recibía María...

Recibir a Jesús, con María en medio de nosotros...

Recibir a Jesús, y amarnos los hermanos como se amaban los primeros cristianos con la Madre de Jesús y Madre nuestra en medio del grupo...

¿No es esto demasiado idílico, no es esto demasiada ilusión?...

Con la Palabra de Dios en la mano, vemos que no, que esto no es imaginación nuestra. Jesús nos sigue diciendo: *Tomad, y comed y bebed: mi cuerpo y mi sangre, que a mí me dio mi Madre..., el cuerpo y la sangre que di a mis apóstoles en la última cena..., el cuerpo y la sangre que yo retornaba glorificados a María en medio de vuestros primeros hermanos en la fe..., el cuerpo y sangre míos prenda de vuestra salvación eterna, porque si coméis mi carne y bebéis mi sangre, no moriréis, y, si morís, yo os resucitaré en el último día, como ya resucité a María, mi Madre, en su feliz Asunción...*